

La integración cultural en el americanismo cultural

Arturo Ardao

1. El aspecto cultural de la integración latinoamericana

El proyecto histórico de integración de la América Latina se ha venido formulando —y de alg'un modo ensayando y realizando— en torno a tres aspectos considerados fundamentales: el cultural, el económico, el político; susceptibles todos ellos, a su vez, tanto de tales o cuales diferenciaciones internas como de inevitables interferencias entre sí. Hacia adentro como hacia afuera de cada uno, tal sistematización tripartita es obviamente convencional.

Dentro de ese convencionalismo, el aspecto cultural ostenta la condición de originario, en un doble sentido. Por un lado, ocurre que es la comunidad histórica de cultura —en lo que ella tiene de realidad subjetiva al mismo tiempo que objetiva, sobre un asiento geográfico continuo— lo que constituye el natural supuesto de la integración perseguida, cualquiera sea su aspecto. Por otro lado, es un hecho cierto que después de la fragmentación nacional que siguió a la Independencia, los primeros pasos efectivos, en su momento, hacia la integración y hasta ahora los mayores, han sido dados en el campo de la cultura. Ambas formas de originariedad no podrían ser colocadas en el mismo plano. Responde la primera a una constante sincrónica, fruto de la estabilizada conjunción colonial de territorio e historia, con lenguas, religión, mezclas raciales, tradiciones, costumbres y usos, compartidos o estrechamente emparentados. Responde la segunda al desigual avance de un proceso diacrónico integracionista, en el que las manifestaciones culturales han llevado la delantera.

Se comprende que un dispar alcance dado a la noción misma de cultura, está en la base de esa

distinción; más lato en el primer caso, más estricto en el segundo, para decirlo breve, sin entrar aquí en todo el abanico semántico del término. Papel capital, por otra parte, juega la multivocidad de éste, en las posibles diferenciaciones internas de los tres aspectos fundamentales de la integración, a la vez que interferencias de los mismos, de que se habló al principio. Basten estas advertencias, por rápidas que sean, como introducción al señalamiento de las que hemos llamado manifestaciones culturales integracionistas a partir de la Independencia. Por lo que han tenido de espontáneas al mismo tiempo que de adelantadas, su experiencia histórica debe constituir, a la hora de hoy, fuente de enseñanza. Se procurará en lo que sigue, dirigir la atención a aquello que pueda tener ese significado.

Se impone destacar ante todo el más importante de los condicionamientos reales de la integración cultural latinoamericana, en tanto que *cultural* y en tanto que *latinoamericana*. Ha consistido ese condicionamiento en la coexistencia y relaciones recíprocas —comunicaciones e incomunicaciones— de aquellas lenguas oficiales latinas, o neolatinas, con sus respectivas culturas, de las que la idea y el nombre de América Latina, o Latinoamérica, han derivado.

Ya en 1875, el gran promotor desde la década del 50 de tal idea y tal nombre, el colombiano José María Torres Caicedo, escribía: «Hay América anglosajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina?»¹

¹ José María Torres Caicedo, *Mis ideas y mis principios*, París, 1875, T. I, p.151.

Estaba contenido ahí el concepto básico de la integración latinoamericana, acaso no formulado antes de manera tan categórica: dentro de una forma —entre otras posibles— de pluralismo de las Américas, el reconocimiento de un grupo de tres, reconducido a una superior unidad lingüístico-cultural. Para Torres Caicedo se trataba de integración —o, conforme a su léxico, de unión— no sólo cultural, sino también económica y política. Es únicamente la primera nuestro asunto ahora.

2.- Grandes etapas de la integración cultural

La integración cultural latinoamericana, en el grado más o menos efectivo, más o menos precario, en que se ha ido cumpliendo, ha pasado por tres grandes etapas: primera, la de los países hispanoamericanos entre sí; segunda, la del conjunto de esos países con el Brasil; tercera, la del conjunto iberoamericano con Haití.

La sucesión de esas etapas ha significado el escalonamiento orgánico de tres grandes comunidades culturales supranacionales de radio cada vez mayor: *Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica*. En tanto que entidades culturales, han ido quedando constituidas las tres con su personalidad propia, no abolida ninguna por la subsiguiente, de la misma manera que el conjunto de ellas, y menos alguna de las tres en particular, en ningún caso ha abolido la personalidad de los primarios países nacionales. Se trata de un fenómeno históricamente único en el proceso moderno de decantación y definición de nacionalidades y supranacionalidades. Semejante fenómeno no se podría explicar sin la poderosa acción unificadora que ha llevado y lleva a cabo, por contraste o contraposición, la coexistencia hemisférica de la América Sajona; pero esta es cuestión, en sí misma, a considerar por separado.

La toma de conciencia —no siempre hecha— de tales etapas y de tal escalonamiento, impone, en lugar de la competencia o conflictualidad de las teres mencionadas entidades y sus denominaciones respectivas, la igual legitimidad y segura vigencia de todas ellas, inconfundible e insustituible

cada una en la esfera que le es propia. Resulta decisiva esa toma de conciencia, además, para la comprensión de los verdaderos problemas de la integración cultural de América Latina, bien diferenciados de los de su integración económica o su integración política. La de los países hispanoamericanos entre sí posee su particular singularidad se la mire tanto hacia el pasado como hacia el futuro, irreversible como es la conciencia comunitaria de Hispanoamérica, la Magna Colombia de Miranda. Con otro carácter se presenta, por encima de las relaciones bilaterales de país a país, la de esos dos grandes términos que son el inmenso Brasil (representante por sí solo de Lusoamérica), y la Hispanoamérica global: integración cultural iberoamericana, de historia menos rica pero de virtuales no menos amplias y prometedoras que la hispanoamericana. Distinta todavía es la de Haití con Iberoamérica, de escaso volumen en el orden cuantitativo, por la pequeñez del país, pero con la irremplazable significación de proporcionar su alcance cabal —práctico a la vez que teórico— a la idea latinoamericana.

En lo que acaba de decirse se ha hecho referencia sólo a los países independientes, prescindiéndose tanto de las todavía colonias latinas del hemisferio, como de los enclaves latinos de otros países independientes del mismo. El más importante de estos enclaves ha llegado a ser sujeto de una verdadera conciencia nacional; es el caso de Quebec, cuya Universidad de Montreal ha venido auspiciando un movimiento cultural de vistas hemisféricas, denominado «Unión de los latinos de América». Sin perjuicio de la significación potencial de tales colonias y de tales enclaves, es a la América Latina en su consagrado sentido histórico que debemos ahora atenemos.

Ello no impedirá una posterior referencia a otros dos fenómenos de integración cultural latinoamericana, de muy distinta índole, no sólo respecto a los ya mencionados, sino entre sí; a dos puntas históricas, el del orbe lingüístico-cultural precolombino y el del orbe lingüístico-cultural del Caribe no latino. En ambos casos —sin hablar en este lugar de aspectos económicos y políticos— integración cultural

latinoamericana por virtud de un poderoso latinoamericanismo gravitacional, que cabe llamar de *accesión*.

3.-El americanismo literario como americanismo cultural

El indicado orden de integración en tres etapas, cada una con su intrasferible significado supranacional—Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica— circunscripto aquí al ámbito de la cultura, en nada muestra mejor su carácter escalonado en el tiempo, que a través del recorrido del que vino a ser llamado, retrospectivamente, *americanismo literario*: es este americanismo todo un aleccionante capítulo, no sólo de la historia de la cultura de América Latina, sino de la filosofía de su historia y de la filosofía de su cultura.

Ha sido el americanismo literario un fenómeno cultural complejo, con la apariencia unas veces de doctrina, otras de problema, pero en cualquier caso dando lugar a un definido movimiento de ideas, ya afines, ya contrapuestas, cuyo conjunto puede resumirse de modo genérico en la *idea del americanismo literario*.

En esa expresión compuesta, «americanismo literario», los dos términos que la componen, pese a lo que a primera vista pudiera parecer, están necesitados de aclaración.

Por lo pronto, el término «americanismo»: no obstante su obvia generalidad geográfica, en los orígenes del americanismo literario hizo referencia sólo a Hispanoamérica; por sucesivos ensanches pasó luego a comprender, no sin dificultad y lentitud, a la totalidad de Latinoamérica. Por más que encierre todavía una íntima tendencia a rebasar los marcos rigurosos de ésta, en la zona del Caribe, en ningún momento se le ha dado, ni ha podido dársele, alcance hemisférico. De alguna manera, lo que antecede alude ya a la sucesión de etapas de que hemos hablado y sobre la que hemos de volver.

Por otro lado, el término «literario»: muy a menudo, especialmente también en los orígenes, resulta no operar ahí en su sentido estricto, o propio, o corriente, circunscripto a las bellas letras; lo hace en el más amplio de sus sentidos, abarcador de todos los aspectos de la cultura intelectual, conforme a un dilatado uso de la expresión «literatura», desde la época colonial, en nuestra América como en la península, para no hablar del resto de Europa.

Hacia mediados del siglo XVIII, era a propósito de cuestiones filosóficas que se declaraba Feijóo, «ciudadano libre de la República Literaria, ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos», al par que se quejaba de tantos escritos, incluidos los más especulativos, que en su tiempo desacreditaban a «la literatura española». ² Por los mismos años, un llamado *Diario de los Literatos de España*, comentando el choque científico-filosófico entre aristotélicos y cartesianos, afirmaba que «no se encontrarán dos literatos que hayan leído todas las obras de Cartesio». ³ Era conforme a ese amplio sentido del término que también a mediados del mismo siglo se llamaba en México «la reforma literaria de la América» a la general renovación de las ideas por la introducción de la filosofía y la ciencia modernas. ⁴ GACETA DE LITERATURA denominaba José Antonio Alzate, poco después, al que fue en el mismo México, en el último cuarto de siglo, el más importante órgano periódico de dicha renovación científico-filosófica. ⁵ También en el XVIII se constituyó en Quito una Academia, que según un historiador de la época «era una sociedad de literatos, la cual se ocupaba de las observaciones astronómicas y fenómenos físicos, y se componía de personas seculares, eclasiásticos y regulares, fomentándola los jesuitas». ⁶

Los ejemplos podrían multiplicarse, sobre todo cuando se llega a la época de la Independencia y a aquella que inmediatamente la siguió. Nos limitaremos a recordar, como bien representativo por la intervención de Andrés Bello, un episodio de la vida filosófica de Chile poco después de la llegada del caraqueño a este país. En 1834 publicó Ventura Marín el primer tomo de sus *Elementos de la filosofía del espíritu humano*. Recordando en el prólogo las *Lecciones de ideología* de que había sido autor en 1830 en colaboración con José Miguel Varas, decía:

² Feijóo, *Teatro Crítico*, T. VII, D. XIII, 35; *Cartas Eruditas*, T. III, C. XXXII, 4.

³ J. Hirschberger, *Historia de la Filosofía*, Barcelona, 1956, T. II, p. 414.

⁴ Bernabé Navarro, *La introducción de la filosofía moderna en México*, México, 1948, p. 228.

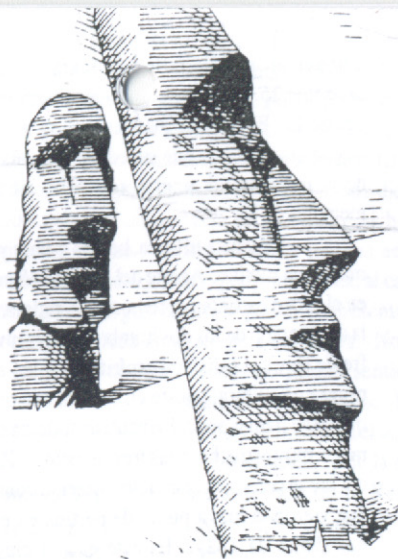
⁵ Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México*, México, 1943, pp. 64 y ss.

⁶ Samuel Guerra Bravo, «El pensamiento ecuatoriano en los siglos XVI, XVII, y XVIII», en revista CULTURA, Quito, 1979, Vol. II N° 4, p. 90-91.

«Las circunstancias del país en aquella época no eran las más oportunas para una discusión literaria». ⁷ Y en seguida Bello comentaba así, en la prensa, el nuevo libro: «En medio de este inevitable atraso nos es satisfactorio observar las mejoras y progresos que recibe bajo otros respectos la educación... La filosofía se halla en este caso. La obra elemental que acaba de publicar el profesor del Instituto don Ventura Marín, nos ha parecido una producción que se eleva mucho sobre el nivel general de nuestra cultura literaria». ⁸

Obvio es que uno y otro subsumían la filosofía en una noción muy lata de literatura, concepción corriente entonces en toda nuestra América. Proliferaron después de la Independencia las sociedades llamadas «literarias». Refiriéndose a su actividad, ha observado Pedro Henríquez Ureña que «se extendía, fuera de las bellas letras, hasta a la filosofía y a veces aun a las ciencias». ⁹ Hace mención especial del célebre «Salón Literario» instalado en Buenos Aires, en 1837, por el uruguayo Marcos Sastre, que albergó la inicial actuación organizada de los Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, convirtiéndose en el más clásico de los focos históricos de lo que con el tiempo se iba a conocer como americanismo literario. En virtud de ese amplio sentido terminológico, tuvo éste desde sus orígenes el alcance no menos amplio de americanismo intelectual y cultural.

Es por la amplitud de tal alcance, que el proceso del americanismo literario resulta ser, según se ha anticipado más arriba, el mejor hilo conductor del proceso seguido por la integración cultural misma. Por supuesto, nada de esto olvida que ella comprende otros importantes aspectos, como el artístico en toda



su gama, el educativo, el deportivo, el comunicacional, en alternante sucesión de logros y de frustraciones; pero en forma expresa concentramos aquí nuestra atención en la experiencia mayor del americanismo literario.

4.- Cuño Hispanoamericano del americanismo literario

La doctrina o el problema —en suma, la idea— del americanismo literario, fue en sus comienzos y permaneció siendo por mucho tiempo, un fenómeno cultural de cuño hispanoamericano. Lo fue aunque en el Brasil, por lo menos, también se dieron tempranas manifestaciones americanistas en el campo de la literatura, lo que impone dos previas aclaraciones.

En primer lugar, en cuanto tal idea, el americanismo literario debe ser distinguido de la natural presencia, o el mero registro, o simplemente el reflejo, de lo americano en la literatura de nuestros países. Esto último se ofreció ya a lo largo de toda la época colonial, hispanoamericana y brasileña; desde la sociabilidad indiana en la escritura del Inca Garcilaso, de Ruiz de Alarcón o de Antonio Vieira, en los siglos XVI y XVII, hasta la naturaleza americana en la poesía de Landívar, de da Gama o de Lavardén, de fines del XVIII a principios del XIX. Se ha considerado a eso una primera expresión del americanismo literario. Puede admitirse en tanto que convención. No obstante, parece más propio hablar a su propósito de americanidad literaria, reservando en

esta materia el término americanismo para la persecución consciente y deliberada de dicha americanidad. Lo americano, en este último caso, generando un *ismo* de movimiento o tendencia, como profesión de una prospectiva convicción teórica, más o menos fundamentada.

La americanidad literaria diferenciada del americanismo literario así entendido, no pertenece sólo a la época colonial, cualquiera sea el gado en que haya existido en ella. Es igualmente observable en muchos episodios literarios del ciclo independentista, con los bien típicos de los *Cielitos* de Bartolomé Hidalgo o *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, lo mismo que en también muchos episodios posteriores: espontáneas manifestaciones de americanidad ajenas al americanismo literario en su sentido propio, de doctrina o programa: no derivadas de él directa ni indirectamente, aunque dicho americanismo se sienta con legitimidad enriquecido por ellas y las invoque como patrimonio suyo. Esta distinción entre americanidad y americanismo en literatura, no sólo permite aportar precisión a los orígenes del segundo, en plena época de la Independencia, como parte que fue del general impulso emancipador que animaba a las conciencias, sino, además, no pocas luces a su desarrollo ulterior.

En segundo lugar, no sin una suerte lógica, es habitual poner énfasis cuando de la idea del americanismo literario se trata, en lo que constituyó siempre su aspecto más pugnaz y ostensible: el de la emancipación literaria en cuanto emancipación espiritual y mental —emancipación de la inteligencia— complementaria de la política, por la afirmación original de la personalidad propia; frente a la pasiva imitación de lo europeo, la expresión activa y genuina de lo nuestro por medio de la literatura, desde su estricta acepción artística hasta la amplia intelectual. Esa insistencia, que puede estimarse justificada, ha llevado, empero, a oscurecer la otra gran vertiente del americanismo literario: el sentido de continentalidad que a la vez lo caracterizó desde el principio. Búsqueda de una «literatura americana» que fuera tal, a la vez que por nuestra, por una. Por más que en ciertos momentos y lugares, este segundo aspecto sufriera circunstancias eclipses, apreciado el americanismo literario en perspectiva histórica, viene a ser inconcebible sin él. De más está agregar que tal aspecto, todo lo accesorio que sea en el conjunto de la

idea en juego, se vuelve el principal para lo que es el tema del presente trabajo.

Visto en este doble carácter, según debe ser visto, el americanismo literario brotó y creció de principios a fines del siglo XIX, con prolongadas ramificaciones en el XX, como una planta hispanoamericana por excelencia. La continentalidad de que en esa fase se trató, fue una continentalidad convencional, dicho sea acudiendo de nuevo a este concepto que en estas páginas más de una vez nos ha resultado necesario. En la generación de la Independencia, América fue para los hispanoamericanos, como muchas veces después y todavía hoy, sencillamente la América de origen español. Como consecuencia, durante buen tiempo el llamado americanismo literario no fue otra cosa —dándolo él mismo por sobreentendido— que hispanoamericanismo literario.

La entonces anhelada y buscada integración literaria americana, no era para la época nada más que la integración literaria —es decir, intelectual y cultural— hispanoamericana. Para los hispanoamericanos, no ya Haití: ni siquiera Brasil, asomaba en el horizonte de su americanismo literario.

5.- Origen continentalista del americanismo literario: Bello y García del Río, 1821-1827

El americanismo literario, ya con todo su sentido de continentalidad hispanoamericana, tuvo su advenimiento cuando todavía las literaturas de nuestros países no se habían decantado como realidad plural de «literaturas nacionales» diferenciadas. Es este último un fenómeno posterior a la Independencia, paralelo a la organización de las nacionalidades políticas.

Aunque tal diferenciación en lo literario, como la producida en lo político mismo, hundiera sus raíces en el pasado colonial, de literaturas nacionales en sentido estricto se empezó a hablar en nuestra América, en algún caso sólo poco antes de 1830, pero sobre todo, con carácter general, después de esa fecha. Para entonces, el americanismo literario continental había dado ya sus primeros pasos. Sus muy primeros pasos, digamos aún; pero vino a ser de inmediato desquiciado, en el más literal sentido del término —sacado de quicio— en lo que tenía de *continental*, por la rápida floración de aquellas literaturas *nacionales*. Esto requiere algunas precisiones, porque es cuestión menos simple de lo que a primera vista pudiera parecer.

⁷ Domingo Amunátegui Solar, *Los primeros años del Instituto Nacional, 1813-1835*, Santiago de Chile, 1889, p. 514.

⁸ Andrés Bello, *Obras Completas*, T. III, *Filosofía*, Caracas, 1951, pp. 580-581. Por supuesto, esta inclusión de la filosofía en una acepción amplia de literatura —sin llegar a ser la más amplia de todas— se prolongó en el siglo XIX y aun hasta nuestros días, aunque cada vez con menos uso. Ya que citamos a Bello, recordemos que en el histórico estudio que le dedicara en 1893, decía Menéndez y Pelayo de Filosofía del Entendimiento: «es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana». (En *Antología de los Poetas Hispanoamericanos*, Madrid, 1893, T. II, p. C. XXIII).

⁹ Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947, p. 92.

El americanismo literario en la significación establecida antes, distinguido de la mera americanidad literaria, hemos anticipado que tuvo su surgimiento en la época de la Independencia. Pero en esta época, a la vez, en una segunda etapa de la misma, enmarcada en la década del 20.

La incipiente americanidad literaria se había convertido bruscamente en americanidad literaria patriota en la década del 10, la inicial de la Revolución, en vínculo con el sentimiento y el movimiento de la independencia política.

Es necesario, sin embargo, llegar a 1823, el año en que Bartolomé Hidalgo se moría, para que tenga lugar la simbólica declaración de independencia literaria hecha desde Londres por Andrés Bello (1781-1865). En cuatro versos del comienzo de la *Alocución a la Poesía* se condensaba lo esencial de aquella declaración:

*Tiempo es que dejes ya la culta Europa.
Que tu nativa rustiquez desama,
Y dirijas el vuelo a donde te abre
El mundo de Colón su grande escena.*

«La forma es clásica; la intención es revolucionaria», dijo Henríquez Ureña hacia el primer cuarto de este siglo, al consagrar a ese texto poético, con general y sostenido asentimiento, como el primer significativo acto de busca deliberada de nuestra expresión: «inconclusa todavía la independencia política, Andrés Bello proclamaba la independencia espiritual». ¹⁰ Histórica creación artística que fue, justo es conservarle ese sitio.

Pero justo es también revisar la afirmación que años más tarde añadía el dominicano: «El deseo de independencia intelectual se hace explícito por vez primera en la *Alocución a la Poesía* de Andrés Bello». ¹¹ Ya en diciembre de 1821, en la Lima de San Martín, había dicho Juan García del Río (1794-1856), al lanzar el primer número de la revista LA BIBLIOTECA COLUMBIANA: «...cuando las seis grandes capitales de nuestro hemisferio y sus principales puertos, ven tremolar el pabellón de la Independencia; después que la balanza de Marte está completamente inclinada a favor de la causa de la libertad del nuevo mundo, parece ha llegado la época de comunicar a la literatura la fuerte sacudida que experimentó el cuerpo político.» ¹²

6.- Trilogía de revistas, fundadora del americanismo literario

La verdad es que se sucede entonces una orgánica trilogía de revistas a la que urge reconocer la condición de fundadora de la doctrina del americanismo literario: LA BIBLIOTECA COLUMBIANA (1821) de Juan García del Río, en Lima; LA BIBLIOTECA AMERICANA (1823) y EL REPERTORIO AMERICANO (1826-1827), empresas conjuntas del mismo García del Río y Andrés Bello, en Londres. En las dos últimas fue que Bello publicó, a su turno, sus dos grandes Silvas; pero al margen de éstas y tantas otras producciones americanistas que figuran en las páginas de aquellas tres revistas, el verdadero cuerpo de doctrina se encuentra en el programa —en el fondo uno solo en tres momentos distintos— contenido en los tres respectivos prospectos.

*«inconclusa todavía la
independencia política, Andrés
Bello proclamaba la
independencia espiritual»*

Mucho operaba en ellos un propósito meramente receptivo, el de la difusión de las luces o la ilustración, de acuerdo con el léxico y la filosofía del tiempo. Era Europa que las irradiaba; pero a la vez se proclamaba la necesidad de estimular la actividad mental propia, para alcanzar la también propia personalidad «literaria», es decir, intelectual. Un vigoroso al par que contagioso impulso de emancipación de la inteligencia americana, les daba animación. Al párrafo del prospecto de LA BIBLIOTECA COLUMBIANA, «... parece ha llegado la época de

¹⁰ P. Henríquez Ureña, «El descontento y la promesa», conferencia de 1926, en Buenos Aires, incluida en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928. Véase el volumen antológico del mismo, *La utopía de América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978, pp. 33-34.

¹¹ P. Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, ed. de 1969, p. 103.

¹² Véase: Guillermo L. Guitarte, «Juan García del Río y su Biblioteca Colombiana (Lima 1821)», en *NUOVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*, Vol. XVIII, Nos. 1-2, El Colegio de México, México, 1965-1966, pp. 95-96. En este estudio G.L. Guitarte llevó a cabo la exhumación de la hasta entonces olvidada revista limeña, de la cual se publicó sólo el No. 1 del T. I.

comunicar a la literatura la fuerte sacudida que experimentó el cuerpo político», correspondía este otro del de LA BIBLIOTECA AMERICANA: «...parece haber llegado la época de que suceda al vergonzoso sueño de la inacción, el amplio activo de las facultades mentales». ¹³

Orgánica trilogía, hemos dicho; y lo fue por más de un motivo. Aparte del común enlace dirigente en el orden estrictamente humano, representado por la conjunción de los dos hombres que estuvieron a su frente ¹⁴, y del señalado espíritu también común del programa cultural puesto en acción, una organicidad que cabe llamar epocal vinculada todavía entre sí, de modo muy estrecho, a las tres revistas. Resulta ella del breve pero singular ciclo histórico continental en que vieron la luz, a punto de partida en el decisivo meridiano de 1821. Es este el año clave en que culmina San Martín, con la entrada en Lima, la cruzada libertadora que emprendiera en Mendoza un lustro antes; en que México y Centroamérica despejan simultáneamente el horizonte de su independencia; en que Bolívar triunfa en Carabobo y consolida en Cúcuta la Gran Colombia de 1819, destaca las primeras misiones diplomáticas al norte y el sur hispanoamericanos con lejanas vistas al Congreso de Panamá, y encara la gran marcha que a través de Pichincha, Junín, Ayacucho, lo llevaría hasta Potosí.

La sensación que pocos años después iban a tener los hombres de la inmediata generación romántica, de que cumplida por sus padres la obra emancipadora de las armas, tocábale a ellos la del pensamiento, la tuvieron ya —muy claramente— desde aquel año 1821, y sólo pudo ser desde entonces, escogidas inteligencias coetáneas y copartícipes de la independencia misma. Si desde aquel año fue otro, pese a todas las incertidumbres subsistentes, el panorama militar y político, otro fue también el panorama abierto a las letras y la cultura.

En julio de 1820, el guatemalteco Antonio José Irisarri, uno de los primaces intelectuales de la emancipación, había lanzado en Londres EL CENSOR AMERICANO. Revista principalmente política, corresponde a la fase final del ciclo que antecedió al inaugurado en 1821. Declaraba el prospecto que su propósito era «contribuir del modo posible a la feliz terminación de las guerras civiles que desolan el nuevo mundo, proponiendo a los gobiernos y pueblos americanos los medios más seguros de conseguir su

...el profundo cambio de horizonte que se experimentaba hacia el segundo semestre de 1821, el gran salto que de un año a otro sentía haber dado la conciencia hispanoamericana

independencia y el goce de una libertad racional.» ¹⁵ Sólo una línea final del mismo manifestaba que habría una parte de cada número dedicada a la literatura y a noticias generales. Bello fue allí colaborador literario. El cotejo de este prospecto con los de la inmediata trilogía de revistas específicamente culturales, para las cuales la independencia se daba ya como hecho consumado, hace resaltar bien el profundo cambio de horizonte que se experimentaba hacia el segundo semestre de 1821, el gran salto que de un año a otro sentía haber dado la conciencia hispanoamericana.

Decía el prospecto de LA BIBLIOTECA COLUMBIANA: «...ahora que la paz comienza a asomar en el horizonte colombiano, es justo difundir la ilustración y levantar un monumento a las letras que designe la variación de circunstancias.» Y año y medio más tarde reiteraba en Londres el de LA BIBLIOTECA AMERICANA: «Mas ahora que la paz se asoma y promete enjugar las lágrimas de aquella tierra, parece haber llegado la época de que suceda al vergonzoso sueño de la inacción el empleo activo de las facultades mentales, y de que las ingeniosas artes y las ciencias sublimes concurren a reparar tantas ruinas y desgracias». ¹⁶ Con mayor razón informaba el mismo espíritu, otros tres años más tarde, al prospecto de EL REPERTORIO AMERICANO.

¹³ LA BIBLIOTECA AMERICANA, T. I, p. V (Hay reproducción facsimilar, Caracas, 1972, prólogo de Rafael Caldera e índices por Pedro Grases).

¹⁴ En su citado estudio sobre LA BIBLIOTECA COLUMBIANA, G. L. Guitarte ha aportado valiosos elementos ilustrativos de que las revistas londinenses fueron para García del Río la deliberada continuación de su revista de Lima, con la impar coparticipación, ahora, de Bello. (Lug. cit., pp. 106 y ss. y 149).

¹⁵ Debemos a Pedro Grases la consulta del citado prospecto.

¹⁶ Véase: G. L. Guitarte, estudio citado, p. 96; LA BIBLIOTECA AMERICANA, T. I, p. V.

7.- La Gran Nación hispanoamericana de la década del 20

Pero aquellas tres revistas constituyeron una trilogía orgánica, todavía por otra razón, que mencionamos aparte por su particular interés para nuestro asunto, si bien se trata de una directa consecuencia de lo que acaba de verse.

Aquel ciclo histórico continental fue por excelencia un ciclo *continentalista*, en un especial sentido. Continentalista, de más está decirlo — siempre en alcance sólo hispanoamericano — había sido el programa de la emancipación desde los Miranda y Viscardo a fines del siglo XVIII; continentalista también, a su modo, había sido todo el curso de la Revolución entre 1810 y 1821. Pero de mediados de 1821 hasta por lo menos a mediados de 1828, cuando la gran frustración de Tacubaya, el continentalismo hispanoamericano tuvo características que no había tenido nunca antes y no volvería a tener nunca después. Fue entonces, y sólo entonces, que de un extremo a otro de Hispanoamérica, se sintió al fin — por los Bolívar y San Martín, por los Gual y Alamán, por los Monteagudo y del Valle — convertida en realidad tangible, bien al alcance de la mano, la gran patria, o nación, o supranación, continental, con la que se había soñado y por la que se había combatido. Pues bien, tal precioso ciclo continentalista, no sólo coincidió cronológicamente con aquella histórica trilogía de revistas, sino que ésta misma — inscrita entre diciembre de 1821 y agosto de 1827 — no se explica sin él: fue espontáneo y directo fruto suyo. De ahí que lo que tuvo de trabazón orgánica, fue justamente de su continentalidad congénita que sacó su fuerza mayor.

*No es que las nacionalidades
chicas no fueran sentidas
también como reales ... ellas
habían emergido vigorosas —
sobre sus raíces coloniales y
en algunos casos
precolombinas — y se habían
consolidado con sus respec-
tivas conciencias nacionales;
pero planeando por encima de
todas el común patriotismo
continental.*

Por lo que se refiere a la literatura — en su sentido lato — de modo muy natural cada una de las tres publicaciones entendió ser órgano o portavoz de aquella gran nación hispanoamericana. Lo que en el terreno político revolucionario había sido en 1810, en Londres, EL COLOMBIANO de Miranda, cuando dicha nación permanecía todavía en proyecto, si bien inminente, venían a serlo ahora estas revistas en el campo de la cultura, cuando por primera vez, al cabo de dos lustros largos, la nación grande se presentaba como una realidad en apariencia definitiva. No es que las nacionalidades chicas no fueran sentidas

también como reales. Por cierto, había sido en el vertiginoso transcurso de la primera década de la Revolución que ellas habían emergido vigorosas — sobre sus raíces coloniales y en algunos casos precolombinas — y se habían consolidado con sus respectivas conciencias nacionales; pero planeando por encima de todas el común patriotismo continental.

LA BIBLIOTECA COLUMBIANA de 1821, estaba dedicada «A la gran familia colombiana» (en el sentido de hispanoamericana), y decía su prospecto: «Lima, la antigua ciudadela del despotismo español... debe a los pueblos sus hermanos un grande acto de expiación; y el más noble, el más digno que puede ofrecerles, es hacer salir de su seno una obra... que ilumine toda la esfera del continente que habitamos.»¹⁷

LA BIBLIOTECA AMERICANA de 1823, por su parte, estaba dedicada «Al pueblo americano» (en el sentido de hispanoamericano), y después de solicitar «la aplicación de nuestros compatriotas y la protección de nuestros gobiernos», decía su prospecto: «Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ningún estado o pueblo en particular; no consideraremos exclusivamente en ella al colombiano, al argentino, al peruano, al chileno, al mejicano: escribiendo para todos éstos, la Biblioteca será eminentemente Americana.»¹⁸

¹⁷ G. L. Guitarte, estudio citado, p. 96.

¹⁸ LA BIBLIOTECA AMERICANA, T. I, p. VIII.